

DON JOSE MARIA ANZORENA.

Fué este señor uno de los funcionarios civiles que fungieron durante el primer período de la insurrección y que por haberse adherido á ella perdieron patria, intereses, familia y hasta la vida.

Pertenecía á una distinguida familia de Valladolid, donde residía en 1810, y hasta ahora no se sabe que estuviese comprometido con los conspiradores de Querétaro; sin embargo, la prontitud con que admitió de ellos un cargo, indica que simpatizaba con la idea de Independencia. La Intendencia de Michoacán estaba acéfala desde 1809, por haber cesado de desempeñarla Ortega, que fué depuesto por los enemigos de Iturrigaray, y con el carácter de interino se encontraba Don Alonso Gutiérrez de Terán, asesor de la Intendencia, que huyó al aproximarse los insurgentes. Hidalgo, al ocupar la ciudad, ofreció el puesto á Don José María Anzorena, que ninguna dificultad tuvo en aceptarlo.

No eran pocos ni el trabajo ni la responsabilidad que traía anexos en aquellos tiempos calamitosos, pero Anzorena creyó, como muchos, que la revolución triunfaría en pocos meses, y tal vez esto fué lo que lo animó á no renunciarlo. Sin embargo, como á los dos días de su nombramiento salió de allí el ejército insurgente, y la provincia, que integra se había rebelado, estaba tranquila, no experimentó ningunas dificultades al principio y únicamente se ocu-

pó de publicar los decretos de Hidalgo sobre supresión de tributo, esclavitud, etc., de reunir recursos y gente, para lo cual se valió de Foncerrada. Pero cuando desde Aculco volvió á Valladolid Hidalgo con muy poca gente, empezaron para él las tribulaciones. Tuvo que atender á la formación de un nuevo ejército, á la propagación de las ideas revolucionarias, á obtener recursos extraordinarios y principalmente á cumplir las órdenes de ejecución de españoles que se le comunicaron.

Estas últimas le atrajeron la mala voluntad general, y aunque á mediados del siglo pasado los hijos de Anzorena pretendieron negar los cargos que por esas ejecuciones se hacían á su padre, quedó en claro que tales cargos estuvieron fundados y que no suspendió aquéllas sino hasta que su pariente el padre Caballero le reprochó enérgicamente su conducta y obtuvo de él la orden de suspensión y que los españoles presos fuesen sacados de la cárcel y llevados á varios conventos. A la salida de Hidalgo para Guadalajara quedó en su puesto de Intendente Anzorena, pero al saber que el jefe español, Cruz, se aproximaba, salió de Valladolid el 26 de Noviembre, con todos los empleados insurgentes, y se dirigió á Guadalajara, donde estaban los caudillos de la revolución.

No volvió á mezclarse en ningún otro asunto referente á ésta, y aun parece que no tomó parte en el arreglo del Gobierno insurgente, hecho en aquella ciudad, limitándose á acompañar al ejército; allí fue donde impidió á Torres que se llevase para Piedra Gorda noventa bultos pertenecientes á las tropas. Estuvo en Calderón y siguió á los jefes á Zacatecas y el Saltillo, donde se quedó, pues prefirió permanecer en el país á exponerse á las penalidades de un largo viaje á través del desierto, resentida como estaba su salud con los contratiempos y penas que había sufrido. Siguió al ejército de Rayón en la penosa retirada que emprendió del Saltillo á Zacatecas por un país despoblado, sin agua, caldeado por un sol abrazador y en el que el camino seguido por las tropas insurgentes se conocía por el re-

guero de cadáveres de hombres y de bestias que iba dejando. Anzorena, como muchos de los expedicionarios, se vió obligado á revolcarse en un hoyo de tierra para refrescarse y engañar la sed, y á beber, durante varios días, el jugo exprimido de las pencas de maguey; tantas penalidades y privaciones acabaron con su salud y le ocasionaron la muerte cuando se encontraba el ejército en la Villa Grande de Guadalupe, á poca distancia de Zacatecas, el 13 de Abril de 1811. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio del colegio de misioneros.

Don Carlos María de Bustamante refiere los últimos momentos de Anzorena en los siguientes términos: "Poco antes de expirar se acercó el General Rayón á preguntarle por el estado de sus dolencias, y él preguntó "por el de la Patria;" díjosele que se había ganado el campo del Grillo y ya se iba á entrar á Zacatecas; entonces reanimándose como una vela que al tiempo de desaparecer su moribunda flama se recoje, se eleva y se presenta un mayor esplendor y claridad, Anzorena mostró la más dulce y consolante satisfacción: llamó á un hijo que le acompañaba, y le exhortó con la energía de un hombre pronto á pasar en un momento al inmenso espacio de la eternidad, á que amase á su patria y á que jamás abandonase la causa de su libertad..."
